

TEOTIHUACAN, ESTADO DE MÉXICO

LA CIUDAD DE LOS DIOSES

LEONARDO LÓPEZ LUJÁN

Teotihuacan (“lugar del endiosamiento”) fue la capital más célebre del Clásico mesoamericano (150-650 d.C.). Su grandeza y hegemonía se fincaron, sin embargo, varios siglos antes de que alcanzara el rango de ciudad. Entre 300 y 100 a.C., Cuicuilco con todo y sus 20 000 almas dejaba de ser el mayor asentamiento de la Cuenca de México, pues Teotihuacan lo había rebasado en número de habitantes. Tiempo después, en los albores de la era cristiana, tres cuartas partes de la población de la Cuenca se trasladaron al Valle de Teotihuacan, quizá debido a las erupciones del Xitle. Pero, ¿por qué se dio tal concentración humana en tan reducido espacio y por qué floreció, precisamente allí, la nueva ciudad?

Muchas eran las bondades que este valle de 500 km² ofrecía a los recién llegados. En aquel entonces, las sierras circundantes estaban pobladas por tupidos bosques de pinos y encinos. Más abajo proliferaban los pastizales y el matorral xerófilo, éste compuesto principalmente de magueyes y nopales. Y, en el fondo, una fértil planicie aluvial era irrigada de manera permanente por numerosos manantiales y por los escurrimientos de los ríos San Juan, San Lorenzo y Huixulco. A lo largo de sus cauces se desarrollaban galerías de ailes, ahuehuetes y ahuejotes, así como espesos tulares.

En este rico y variado ambiente, el hombre pudo recolectar una amplia gama de vegetales, y cultivar maíz, frijol, calabaza, chile, tomate y muchas plantas más. Las proteínas animales necesarias en su dieta las obtenía de la



La Calle de los Muertos y la Pirámide de la Luna al fondo. Teotihuacan, estado de México.

a crianza de perros y guajolotes, y de la caza de conejos, liebres, venados, patos, gansos, codornices, palomas y armadillos. La proximidad al Lago de Texcoco le permitía el aprovechamiento de peces, tortugas, batracios e infinidad de insectos. El lago también le proveía de sal.

A su potencial alimentario, el valle sumaba el recurso mineral más importante en la economía de la época: la obsidiana. Con ella, los teotihuacanos elaboraron toda suerte de implementos que exportaron a los confines de Mesoamérica. Del Cerro Olivares, en las proximidades de Otumba, procedía la obsidiana gris vetada, en tanto que la verde era extraída de las minas de la Sierra de las Navajas, cerca de Pachuca. También podían explotarse en la región una arcilla de excelente calidad para la alfarería, el basalto, el tezontle, la toba y la andesita.

Otras dos condiciones muy favorables para el desarrollo urbano de Teotihuacan fueron, por una parte, la posición privilegiada de su valle en la ruta comercial más directa entre el Golfo de México y la Cuenca de México, y, por la otra, la presencia de numerosas cuevas y cavidades que, sacralizadas, convirtieron a la ciudad en un prestigiado santuario.

Leonardo López Luján. Doctor en arqueología por la Universidad de París. Investigador del Museo del Templo Mayor, INAH. Fue codirector del Proyecto Xalla y actualmente es miembro del Proyecto Pirámide de la Luna, ambos en Teotihuacan.

LA ANTIGUA CIUDAD

Ciudad mesoamericana por antonomasia, Teotihuacan fue la capital de una de las civilizaciones más originales de la historia universal. Esta gigantesca metrópoli, particularmente densa y de carácter pluriétnico, debía su auge tanto a su condición de emporio artesanal y comercial como a su poderío militar. Teotihuacan mostraba a propios y extraños una asombrosa planificación, lograda a partir de dos ejes perpendiculares que ordenaban el espacio urbano. La Calle de los Muertos era el principal; orientado 15° 25' al este del norte astronómico, desembocaba en la Plaza de la Luna. El otro, en sentido este-oeste, estaba menos definido y seguía el cauce modificado del río San Juan. Ambos ejes dividían el asentamiento en cuadrantes, haciendo corresponder la imagen urbana con la superficie terrestre, que tenía como símbolo sagrado la flor de cuatro pétalos.

Una visión a vuelo de pájaro revela una cerrada retícula, donde miles de rectángulos —los conjuntos de departamentos— se agrupan en barrios y éstos, a su vez, en distri-

tos. En el centro y flanqueando la Calle de los Muertos se concentran los principales edificios religiosos y palacios, así como el que posiblemente fue la sede del mercado.

La arquitectura de Teotihuacan también se apegaba a un orden rígido, bajo el cual la simetría y las rítmicas repeticiones de los elementos ratificaban la idea de que la

ciudad terrenal era una réplica del arquetipo divino. Imperaba en las formas la composición talud-tablero, suma de un paramento inclinado inferior con un marco rectangular en saledizo que bordea un lienzo plano. Esta combinación podía repetirse al infinito, superponiendo los módulos talud-tablero para formar así edificios de varios cuerpos con una apariencia de solidez y un alto valor plástico. Las líneas horizontales sobre el firmamento se interrumpían con almenas verticales de piedra—de

carácter ornamental y simbólico— que coronaban los edificios. A la arquitectura pública correspondió una escultura igualmente monumental. Su estilo geométrico y frontal reprodujo en monolitos prismáticos animales, dioses y símbolos, generalmente asociados al mundo acuático, a la fertilidad, al tiempo y al poder político.



José María Velasco, *Pirámide del Sol*, 1878.

CRONOLOGÍA DE LAS EXPLORACIONES EN TEOTIHUACAN

SIGLOS XV Y XVI. LAS ACTIVIDADES PREHISPÁNICAS

A la llegada de los españoles, se suponía que en Teotihuacan había sido creada la última era o Quinto Sol y que las pirámides eran obra de dioses o de gigantes deformes. Durante décadas, los mexicas usan las ruinas como santuario y oráculo. Allí exhuman edificios enteros, sepulcros y ofrendas para recuperar reliquias que, más tarde, enterrarían en el Templo Mayor de Tenochtitlan.

SIGLO XVII. LOS ESTUDIOS PIONEROS

Hacia 1675, el sabio novohispano Carlos de Sigüenza y Góngora realiza en Teotihuacan la primera excavación arqueológica del continente. Aún se discute si exploró la Pirámide del Sol o la de la Luna; tampoco se sabe si pretendía verificar si la pirámide era completamente artificial o averiguar si estaba hueca y contenía una tumba. En las postrimerías del siglo, el italiano Giovanni Francesco Gemelli Carreri hace sus propios reconocimientos.

SIGLO XVIII. LAS INDAGACIONES DE LOS ILUSTRADOS

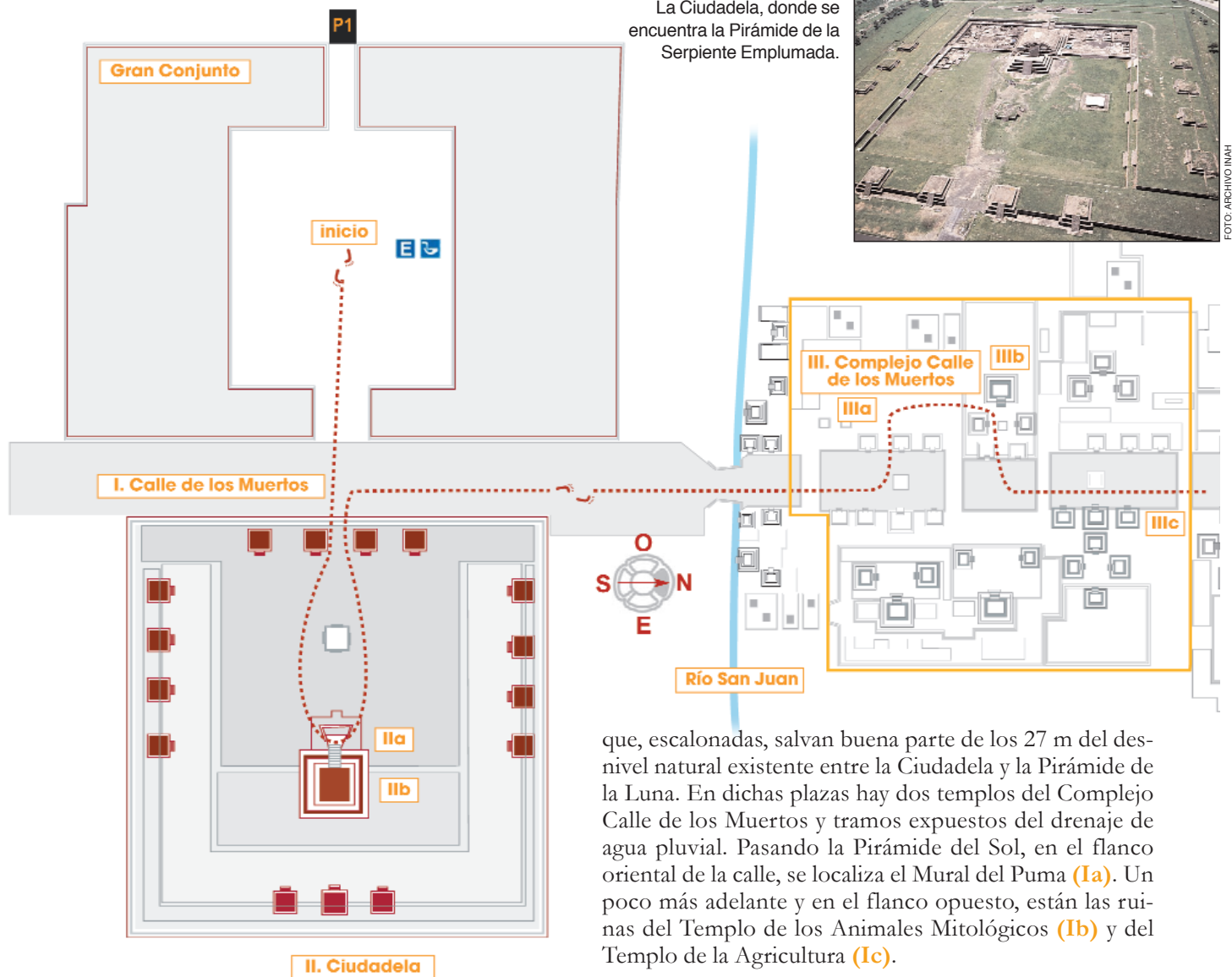
El caballero milanés Lorenzo Boturini inspecciona las ruinas y manda hacer un mapa de ellas durante su estancia en la Nueva España, entre 1736 y 1744. Más tarde, al cerrar el siglo, el capitán flamenco Guillermo Dupaix recorre el sitio y registra sus principales monumentos.

SIGLO XIX. LOS VIAJEROS Y LOS PRIMEROS CIENTÍFICOS

William Bullock, Frédéric Waldeck, la marquesa Calderón de la Barca y muchos viajeros más visitan Teotihuacan. Durante el imperio de Maximiliano, un equipo franco-mexicano elabora el primer plano preciso de la ciudad y lleva a cabo excavaciones estratigráficas. En 1884 y 1886, el arqueólogo mexicano Leopoldo Batres saca a la luz los murales del Templo de la Agricultura, mientras que el francés Désiré Charnay excava los llamados Edificios Superpuestos.

SIGLO XX. LOS TRABAJOS ARQUEOLÓGICOS MODERNOS

Entre 1905 y 1910, Leopoldo Batres excava y reconstruye la Pirámide del Sol bajo los auspicios de Porfirio Díaz. En 1917-1922, Manuel Gamio lleva a cabo su famoso proyecto antropológico integral del valle. Sigvald Linné, Alfonso Caso, Pedro Armillas y Laurette Séjourné excavan distintos conjuntos de departamentos. En los sesenta, William T. Sanders estudia el valle, René Millon, Bruce Drewitt y George Cowgill elaboran el plano de la ciudad, e Ignacio Bernal reconstruye la Calle de los Muertos. Las últimas décadas están marcadas por los espectaculares hallazgos de Rubén Cabrera y Saboro Sugiyama en las pirámides de la Serpiente Emplumada y de la Luna.



RECORRIDO

I. GRAN CONJUNTO Y CALLE DE LOS MUERTOS

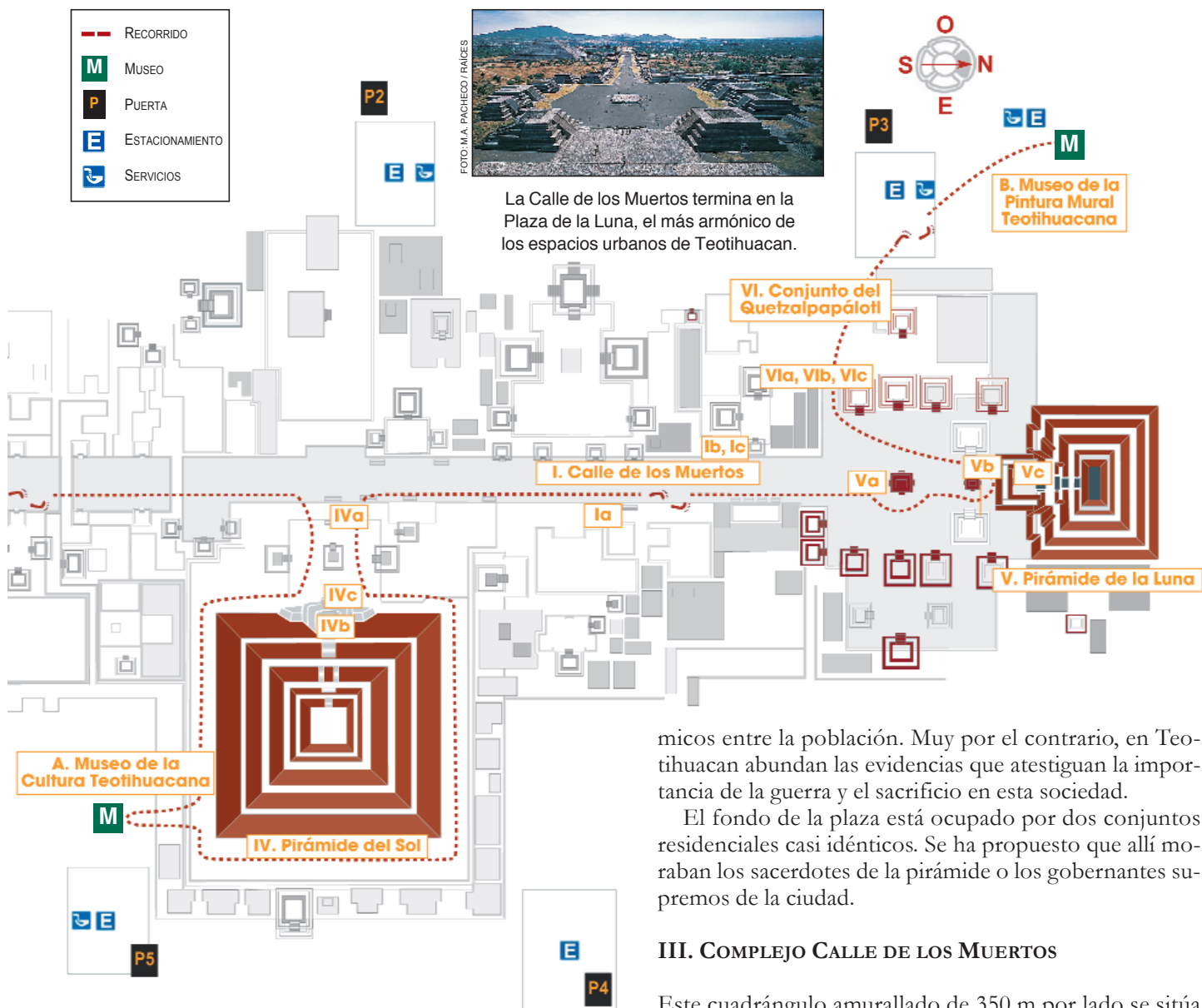
El recorrido por la antigua ciudad se inicia en el estacionamiento de la puerta 1, bajo el cual yacen los vestigios del Gran Conjunto, aparentemente el centro mercantil y burocrático de Teotihuacan. Los pueblos nahuas del Posclásico (900-1521 d.C.) bautizaron al principal eje urbano de Teotihuacan con el nombre de *miccaotli* (“camino de los muertos”), porque suponían erróneamente que sus derruidos montículos albergaban las tumbas de antiguos gobernantes. En la actualidad, esta avenida ofrece un rostro muy diferente, aunque demasiado reconstruido. El visitante puede recorrer 2 de los 5 km que mide en total. Al remontarla hacia la Plaza de la Luna, se atraviesa el cauce del río San Juan, el cual fue desviado por los teotihuacanos. Posteriormente se llega a una sucesión de plazas

que, escalonadas, salvan buena parte de los 27 m del desnivel natural existente entre la Ciudadela y la Pirámide de la Luna. En dichas plazas hay dos templos del Complejo Calle de los Muertos y tramos expuestos del drenaje de agua pluvial. Pasando la Pirámide del Sol, en el flanco oriental de la calle, se localiza el Mural del Puma (Ia). Un poco más adelante y en el flanco opuesto, están las ruinas del Templo de los Animales Mitológicos (Ib) y del Templo de la Agricultura (Ic).

II. CIUDADELA

La Ciudadela se encuentra inmediatamente al este de la Calle de los Muertos (I), en el corazón mismo de la urbe. A pesar de su nombre, este imponente cuadrángulo de 400 m por lado nunca tuvo funciones defensivas, sino religiosas y residenciales. Su ancha plataforma, coronada por 15 templos, enmarca una plaza de 44 000 m², espacio que podía albergar hasta 100 000 personas.

En el centro de la plaza se levanta un pequeño adoratorio y, más atrás, la Pirámide Adosada (IIa). Ésta, erigida en la fase Tlamimilolpa, consta de cuatro cuerpos superpuestos, originalmente estucados y pintados de color rojo. La Pirámide Adosada cubre parcialmente otro edificio más antiguo y de mayores dimensiones: la Pirámide de la Serpiente Emplumada (IIb). No sólo se trata del tercer monumento más grande del sitio, sino del más suntuoso. En un principio tenía siete cuerpos decorados con inusitada opulencia. En sus alfardas, taludes y tableros fueron tallados los sinuosos cuerpos de serpientes emplu-



madas nadando entre conchas y caracoles. Las serpientes de los tableros cargan sobre su lomo —entre la cabeza y el cascabel— un tocado. Éste fue confundido durante muchas décadas con el rostro de Tláloc. Lejos de ello, el tocado adopta la forma de una cabeza de reptil, carente de mandíbula, con ojos de obsidiana y dos anillos sobre la frente. Hoy día sabemos que el edificio en su conjunto alude al mito de creación del tiempo y el calendario, y a la Serpiente Emplumada como patrona de los gobernantes.

Esta pirámide se consagró en la fase Miccaotli, sacrificando a más de 200 individuos, en su mayoría vestidos con atuendos militares y acompañados de armas. Sus cadáveres amarrados fueron descubiertos abajo y en torno al edificio, junto con ricas ofrendas. Éste y otros hallazgos recientes echan por tierra la visión idílica de un estado pacifista, encabezado por ascéticos sacerdotes que ejercían funciones políticas y que redistribuían los bienes econó-

micos entre la población. Muy por el contrario, en Teotihuacan abundan las evidencias que atestiguan la importancia de la guerra y el sacrificio en esta sociedad.

El fondo de la plaza está ocupado por dos conjuntos residenciales casi idénticos. Se ha propuesto que allí moraban los sacerdotes de la pirámide o los gobernantes supremos de la ciudad.

III. COMPLEJO CALLE DE LOS MUERTOS

Este cuadrángulo amurallado de 350 m por lado se sitúa exactamente entre la Ciudadela y la Pirámide del Sol. Encierra en su interior una multitud de pirámides, plazas, cuartos y conjuntos de departamentos. Las áreas excavadas hasta la fecha revelan una rica decoración escultórica y pictórica, así como una excepcional calidad en los materiales constructivos. Según varios especialistas, el Complejo Calle de los Muertos fue, a partir de la fase Tlami-milolpa, la sede del gobierno teotihuacano y, quizá también, la residencia de sus mandatarios.

Parte del sector suroeste de este inmenso complejo está ocupado por los Edificios Superpuestos (IIIa), nítido ejemplo de cómo la ciudad fue reedificada sobre sí misma, una y otra vez, a lo largo de los siglos. El resultado de esta euforia constructiva fue una sucesión vertical de inmuebles. Gracias a las excavaciones arqueológicas es posible descender al subsuelo para visitar antiguos edificios que nunca conocieron los teotihuacanos de la época del máximo esplendor. Entre ellos destaca una plataforma decorada con volutas entrelazadas y ornamentos de jade.



La Pirámide del Sol no estaba consagrada a ese astro, sino al dios de la lluvia. Representa al monte sagrado.



La Pirámide de la Luna también evoca un monte sagrado.

Más al norte y también del lado poniente de la Calle de los Muertos se localiza el Conjunto Plaza Oeste (IIIb). Conviene ingresar al patio principal, en donde uno de los templos luce grandes cabezas de felinos y flores de cuatro pétalos. A través de un pozo moderno de exploración se logra apreciar que la etapa anterior de dicho templo también estaba decorada con cabezas pétreas, aunque de serpientes en este caso.

También es digno de verse el Grupo Viking (IIIc), ubicado en el sector noreste del complejo. Llamado así en honor a la fundación que aportó los recursos para su exploración, este grupo es conocido por las dos capas de mica descubiertas bajo el piso de uno de los aposentos laterales. Cada una mide 6 cm de espesor y abarca una superficie de 29 m². Hasta la fecha se desconoce la función de este fino recubrimiento de brillos dorados.

IV. PIRÁMIDE DEL SOL

Una espaciosa plaza (IVa), decorada originalmente con esculturas del Señor del Inframundo, separa la Calle de los Muertos del edificio más imponente de la ciudad. Éste fue llamado *tonatiuh itzacual* (“encierro del Sol”) por la gente del Posclásico. Hoy sabemos, sin embargo, que la majestuosa construcción no estaba consagrada a dicho astro, sino al que seguramente fue el patrono de la ciudad: el dios de la lluvia. Al menos así parecen indicarlo las ofrendas y los niños sacrificados que allí fueron enterrados. Según los especialistas, esta pirámide, junto con el canal y la masiva plataforma que la rodean, representa al monte sagrado, mítico contenedor del agua y la riqueza universales.

Si bien es cierto que en su interior fueron hallados vestigios de construcciones diminutas, la gran mole fue erigida en una sola y ciclópea operación, emprendida durante la fase Tzacualli. Esta primera pirámide, cuyos rellenos se componen mayoritariamente de tierra y adobe, era casi tan grande como la última remodelación, visible en la actualidad.

La Pirámide del Sol (IV) tiene 225 m por lado y casi 65 m de alto (la de Cheops, en Egipto, mide 226.5 m por lado y 144.3 m de altura). Conviene aclarar que el renombrado edificio teotihuacano se restauró con poco tino durante el Porfiriato: sus fachadas laterales y trasera fueron rebajadas 7 m, dejando expuestos los contrafuertes escalonados; además, se inventó un quinto cuerpo, al dividir el cuarto en dos.

Adosada frente a la pirámide hay una plataforma triple (IVb), decorada con felinos que emergen de portales con estrellas marinas y plumas. Al pie de la plataforma se localiza el acceso —cerrado al público— de una larga y estrecha cueva (IVc) que corre por debajo del edificio a 6 m de profundidad. Es necesario caminar sus 103 m para llegar a las cuatro cámaras artificiales que, en forma de flor, la rematan casi al centro de la pirámide. En 1971, cuando la cueva fue detectada por los arqueólogos, ésta ya había sido profanada, presumiblemente desde tiempos prehispánicos. Al explorarla, hallaron rotos los 19 muros de piedra y lodo que sellaban el trayecto hacia las cámaras. Y ahí tan sólo se pudieron recuperar fragmentos de bellos espejos de pizarra y pirita, así como restos de conchas y espinas de peces.

V. PIRÁMIDE DE LA LUNA

La Calle de los Muertos termina en la Plaza de la Luna (Va), sin duda el más armónico de los espacios urbanos de Teotihuacan. Teatro ritual de primer orden, esta plaza está delineada por la Pirámide de la Luna y otros 13 templos de menores dimensiones. Al centro de ella vemos un adoratorio de cuatro escalinatas y, casi al pie de la gran pirámide, los vestigios de la Estructura A (Vb). Dentro de este oratorio hay diez altares que figuran simbólicamente el centro del universo, los rumbos cardinales y los intercardinales.

La Pirámide de la Luna (V), enmarcada por la descomunal masa del Cerro Gordo, también evoca un monte sagrado. Sus cuatro cuerpos en talud están precedidos por

una plataforma adosada (Vc) de cinco cuerpos. En el Posclásico se le conocía como *metztli itzacual* (“encierro de la Luna”). No obstante, el monumento pudo haber estado consagrado a la diosa del agua y la fertilidad. Eso se desprende de las dos imágenes de esta diosa que fueron descubiertas en la plaza. Una, más o menos de forma ovooidal, aún se halla junto al altar central. La otra, de 24 toneladas de peso, fue llevada a la ciudad de México a fines del siglo XIX.

Una vista inigualable del valle es la recompensa del empinado ascenso a la cúspide de la séptima y última etapa de la Pirámide de la Luna. Esta construcción se remonta a la fase Xolalpan, cuando su base alcanzó 140 por 150 m y su altura rebasó los 45.8 m que tiene en la actualidad. Las otras seis etapas constructivas de la pirámide han sido recientemente identificadas por medio de túneles. La más antigua data de la fase Tzacualli.

Estas excavaciones también detectaron tres ofrendas dedicatorias en la base de las sucesivas ampliaciones. Mientras que una de ellas estaba compuesta por los restos craneales de 18 cautivos decapitados, las otras dos contenían cuerpos completos de individuos amarrados y sacrificados, animales relacionados con la guerra y ricos dones. Igualmente, fue explorada la parte alta de la quinta etapa, donde se descubrió el espectacular sepulcro de tres dignatarios sentados en flor de loto. Sus ornamentos eran de jade maya, aunque grabados con glifos teotihuacanos.

VI. CONJUNTO DEL QUETZALPAPÁLOTL

Se accede a este conjunto por la esquina suroeste de la Plaza de la Luna. Al remontar una escalera custodiada por una cabeza de serpiente, se llega a un amplio pórtico. Fue

reconstruido en los años sesenta del siglo XX a partir de sólidas evidencias arqueológicas con el fin de mostrar al visitante cómo eran los techos teotihuacanos. Pueden apreciarse ahí las vigas y los morillos que sostienen un terrado de toba impermeabilizado con mezcla.

Más allá del pórtico se descubre el espectacular Patio del Quetzalpapálotl (VIa), una de las moradas más suntuosas de la ciudad. También reconstruido en los sesenta, el patio destaca por sus pilastras finamente talladas, policromadas e incrustadas con obsidiana. Aves mitológicas de frente y de perfil ocupan sus caras, limitadas ya por ojos, cuentas, caracoles y plumas, ya por ojos, resplandores, caracoles y flamas. Las pilastras están dotadas de perforaciones en las aristas que servían para amarrar cortinajes. Del techo sobresalen almenas ornamentales con el glifo del año teotihuacano.

En un nivel inferior, pero contemporáneo al Quetzalpapálotl, se sitúa el Patio de los Jaguares (VIb). Su templo principal es notable por las esculturas en forma de crótalos de serpiente empotradas al pie de la escalinata. El patio está cerrado al norte por pórticos cuyos taludes tienen pintados felinos con conchas marinas sobre el lomo y la cola. Estas fieras lucen penachos de plumas verdes, al tiempo que hacen sonar trompetas de caracol.

Finalmente, por un túnel moderno, se ingresa a la Subestructura de los Caracoles Emplumados (VIc). Se trata de un antiguo edificio que fue sepultado con toneladas de tierra y piedra cuando se construyó el Patio del Quetzalpapálotl. Los arqueólogos liberaron de los escombros su plataforma y el templo que yace sobre ella. La primera tiene pinturas de aves verdes que arrojan corrientes y gotas de agua por el pico; el segundo está ornado con bajorrelieves de flores y trompetas de caracol.

MUSEOS EN LA ZONA ARQUEOLÓGICA

A. MUSEO DE LA CULTURA TEOTIHUACANA

Las colecciones arqueológicas custodiadas por el INAH se incrementan día con día, gracias a los numerosos proyectos de excavación que tienen lugar en Teotihuacan. Prueba de ello es este museo, construido al sur de la Pirámide del Sol. Mimetizado entre la vegetación y varios montículos aún sin explorar, alberga bajo su techo los impresionantes hallazgos realizados por instituciones nacionales y extranjeras a partir de 1980.

La primera parte de la visita comprende cuatro salas temáticas que se refieren al medio ambiente, el desarrollo de la ciudad, la organización social, y la tecnología y economía teotihuacanas. El área central está ocupada por una maqueta monumental del corazón de la urbe; una pasarela de cristal permite recorrerla desde lo alto. Le siguen otras cuatro salas, dedicadas a las prácticas funerarias, los dioses, el arte y las relaciones de Teotihuacan con otros pueblos mesoamericanos.

B. MUSEO DE LA PINTURA MURAL TEOTIHUACANA

La antigua Teotihuacan es considerada por los especialistas como la “Pompeya de América”, dada la excepcional calidad técnica y estética de sus pinturas. Bellos murales fueron plasmados por doquier, desde las fachadas de las grandes pirámides dedicadas al culto público hasta los muros de las habitaciones privadas en varios conjuntos de departamentos.

En este museo de reciente creación, el visitante puede admirar numerosos ejemplos de ese arte y aprender más acerca de él a través de textos explicativos, esquemas, videos, maquetas y reconstrucciones. Son dignos de mención el Mural de los Animales Mitológicos, los dibujos arqueológicos del Templo de la Agricultura y la reconstrucción del pórtico 25 de Tetitla.

Junto al museo es posible visitar una típica plaza teotihuacana de tres templos, la cual ha sido parcialmente explorada.

LOS CONJUNTOS DE DEPARTAMENTOS

Para comprender la complejidad de la antigua ciudad es necesario abandonar el área de monumentos —delimitada por el circuito empedrado— y dirigirse a alguno de los mal llamados “palacios”. A diferencia de lo que sucedía en el resto de Mesoamérica, donde la mayoría de la gente habitaba chozas unifamiliares, casi todos los teotihuacanos vivían en grandes conjuntos de departamentos, como los que hoy día pueden visitarse en La Ventilla, Tetitla, Atetelco y Tepantitla. Se trata de residencias multifamiliares de cal y canto que alojaban entre 20 y 100 individuos. La calidad de sus materiales y el enorme esfuerzo que implicó su erección nos hablan del relativamente elevado bienestar de la población urbana.

En tiempos del máximo esplendor, Teotihuacan contaba con más de 2 000 conjuntos de departamentos, todos de planta rectangular y de un solo nivel y techos planos. Pese a que muchos de ellos se ajustan al típico módulo de 60 m por lado (3 600 m²), los mayores sobrepasan los 100 m, mientras que los más pequeños tienen menos de 30 m por lado. Los arqueólogos han agrupado los conjuntos en seis grandes niveles socioeconómicos, desde los suntuosos palacios de los gobernantes supremos hasta las modestas viviendas de los ciudadanos más humildes.

En 1884, Leopoldo Batres sacó a la luz parte del conjunto de departamentos bautizado con el nombre de Teopancaxco, el cual se localiza en el centro del poblado de San Sebastián. A partir de ese trabajo pionero y hasta la actualidad han sido parcial o totalmente excavados poco

más de 30 conjuntos, es decir, el 1.5 por ciento del total estimado. Estas investigaciones son de una gran valía, pues nos permiten adentrarnos en las peculiares moradas de los teotihuacanos y vislumbrar en cada caso quiénes eran sus ocupantes y cuál era su estilo de vida.

Desde la calle era prácticamente imposible enterarse de lo que acontecía dentro de los conjuntos de departamentos, pues estaban delimitados por altos paredones en talud, carentes de ventanas y con accesos estrechos. A

primera vista, el interior de un conjunto puede parecer al visitante un enjambre anárquico de cuartos rectangulares, conectados entre sí por pasillos laberínticos. Sin embargo, una inspección más cuidadosa revelará la existencia de varios departamentos unifamiliares, compuestos por cuartos en torno a patios porticados que permitían la entrada de la luz, la captación de agua pluvial y la ventilación.

Cada departamento tenía sus propias áreas de estancia y reposo, de preparación y consumo de alimentos, de almacenamiento de materias primas y víveres, de trabajo, de culto y enterramiento, y de desecho. Había, además, áreas compartidas por todos los departamentos del con-

junto, asociadas generalmente al ritual. Estas áreas comunes constaban de amplios patios con altares centrales y templos piramidales. En algunos conjuntos había áreas específicas para la crianza de animales y otras que quizás eran destinadas a la servidumbre. Estudios recientes hacen suponer que los habitantes de un conjunto no sólo pertenecían a la misma etnia, sino que estaban emparentados entre sí, desempeñaban un oficio común y rendían culto a un mismo dios patrono.



Conjuntos de departamentos teotihuacanos abiertos al público

CRONOLOGÍA DE TEOTIHUACAN

Los arqueólogos dividen los ocho siglos de la historia teotihuacana en seis grandes fases:

- **150-1 a.C. (Fase Patlachique).** El asentamiento tiene de 6 a 7 km² de superficie y una población de entre 20 000 y 30 000 personas. Tres cuartas partes de los habitantes de la Cuenca de México emigran al Valle de Teotihuacan.

- **1-150 d.C. (Fase Tzacualli).** Se alcanzan 20 km² de superficie y 80 000 habitantes. Tal concentración demográfica permite la erección de las primeras etapas constructivas de las pirámides del Sol y de la Luna, y de una veintena de plazas de tres templos.

- **150-225 d.C. (Fase Miccaotli).** 20 km² de superficie y cerca de 85 000 habitantes. Se construyen la Calle de los Muertos y la Pirámide de la Serpiente Emplumada. Teotihuacan se transforma en una verdadera ciudad.

Preclásico (2500 a.C.-150 d.C.)

Fase Patlachique Fase Tzacualli

LA VENTILLA

Al sur de la puerta 1 se localiza la entrada a cuatro interesantes conjuntos que pertenecen a un mismo barrio. Están separados entre sí por calles rectas y angostas, donde se puede apreciar la compleja red de drenaje que surcaba la ciudad. En el conjunto más austero fueron descubiertos más de 300 entierros y talleres donde se elaboraban ornamentos de piedra y concha. Otro conjunto —con los bellos murales del “Patio Bordes Rojos”— ha sido identificado como el centro religioso del barrio. Otro más destaca por tener pintados sobre el piso numerosos glifos del sistema teotihuacano de escritura.



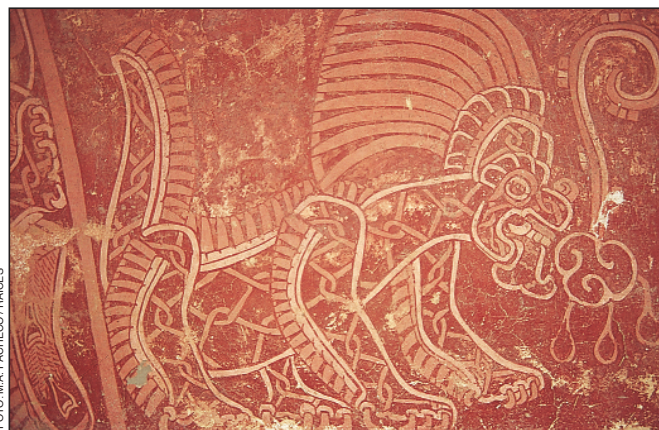
Mural 3 de Tetitla, conocido como “el buzo”, personaje que aparece con una red y rodeado de elementos acuáticos.

TETITLA

Entre las puertas 1 y 2 empieza el camino que conduce a la también llamada “Casa Internacional”. Este conjunto sobresale por sus extraordinarias pinturas de felinos, aves rapaces, divinidades de la fertilidad y buzos que se introducen al mar para coleccionar conchas. Los murales de Tetitla integran armónicamente rasgos teotihuacanos, del Golfo, oaxaqueños y mayas. De esta última civilización se han identificado imágenes de dioses, hombres, serpientes, así como fragmentos de escritura. Por ello se especula si en este lugar residieron comerciantes o embajadores.

ATETELCO

Próximo a Tetitla, este conjunto posee dos bellos patios. El denominado Patio Pintado tiene un altar en forma de una diminuta pirámide, el cual estaba decorado con serpientes emplumadas y dioses de la lluvia. El Patio Blanco fue cuidadosamente reconstruido para colocar en su lugar buena parte de los murales hallados durante las excavaciones. En los pórticos se observan procesiones de jaguares y coyotes rugiendo a la vez que devoran corazones, además de personajes —con cabeza animal o humana— que blanden armas y cuchillos de sacrificio. Tal vez los habitantes de Tetitla pertenecían a alguna orden militar.



Procesión de jaguares y coyotes. Mural de Atetelco, Teotihuacan.

TEPANTITLA

Frente a la puerta 4 se encuentra este conjunto, célebre por el Tlalocan. Esta pintura muestra, en su parte alta, un monte que encierra el agua y los mantenimientos. Sobre él se yergue una divinidad con los símbolos del agua y del fuego en el rostro; tiene los brazos abiertos y deja caer grandes gotas de sus manos. Atrás se levanta un árbol florido y de ramas entrelazadas. En el talud inferior hay otro monte, del cual brotan corrientes que irrigan campos de cultivo. Diminutos hombrecillos se divierten allí, nadando, bailando, capturando mariposas, cortando flores o jugando a la pelota.

- **225-350 d.C. (Fase Tlamimilolpa).** 20 km² de superficie y alrededor de 90 000 habitantes. La mayoría de los conjuntos de departamentos pertenecen a esta fase y a la siguiente. Presencia de los teotihuacanos, sus productos, sus símbolos y su estilo artístico en toda Mesoamérica.
- **350-550 d.C. (Fase Xolalpan).** 20 km² de superficie y 100 000 habitantes. La metrópoli vive su máximo esplendor y se convierte en la sexta ciudad más grande del mundo.

- **550-650 d.C. (Fase Metepec).** 19 km² de superficie y 70 000 habitantes. El arte se vuelve más virtuoso y complejo. Al final de esta fase, las sedes y los símbolos del poder estatal son destruidos y quemados con violencia. Se desconoce quiénes perpetraron estos actos, aunque es posible que fueran habitantes de la propia ciudad o de las poblaciones circunvecinas sojuzgadas por los teotihuacanos.

Clásico (150-650 d.C.)

Epiclásico (650-900 d.C.)

Posclásico (900-1521 d.C.)

Fase Tlamimilolpa

Fase Metepec

← Fase Miccaotli

Fase Xolalpan